

SIGLO DUODÉCIMO.

INTRODUCCION.

I.

La guerra de la Cruz.

Al historiar la Edad Media nos hallamos al frente de un gran acontecimiento, de inmensas y felicísimas consecuencias. Nos referimos á las Cruzadas, juzgadas de diferente manera por los escritores del siglo xviii, pero no así por los sabios pensadores del presente, pues todos se hallan unánimes sobre aquellas consecuencias.

Por más que nuestro libro esté dedicado á relatar los cismas y las herejías que han venido á perturbar la paz de la Iglesia en la série de los siglos, no podemos dejar pasar desapercibido el hecho de las Cruzadas, dando en esta introduccion una idea de su origen y marcha progresiva, siquiera sea hasta la primera partida de los primeros cruzados. Por otra parte necesitamos hacerlo porque nos servirá

como antecedente para ver despues el estado que presentaban así el Oriente como el Occidente por aquella época.

Las palabras del Salvador del mundo debian cumplirse. Primero que su palabra faltarán los cielos y la tierra, nos ha dicho por san Mateo. La destruccion del templo de Jerusalem la habia anunciado... Las profecias se habian cumplido, y en la ciudad deicida no quedaba ya piedra sobre piedra. Sin embargo, las miradas del mundo cristiano se dirigian necesariamente allí donde habia una tumba en la que habia reposado el cuerpo difunto de un Dios Salvador... tumba que estaba abierta desde el dia en que se verificó el gran prodigio de la Resurreccion. El Calvario en cuya cumbre se verificó el cruento sacrificio que reconcilió al hombre pecador con el Dios ofendido, rompiéndose en mil pedazos la escritura de la maldición del mundo, habia de atraer tambien las miradas de los cristianos. ¡El Calvario! ¡El sepulcro del Salvador! ¿Puede haber objetos de mayor veneracion para los hijos de la Iglesia, de esa Iglesia que salió del costado mismo del Redentor, segun la frase admirable del padre san Agustin?

Precisamente la ciudad rebelde, el pueblo que se manchó con la sangre de un Dios-Hombre, era reputada por los cristianos como *tierra santa*; santa, porque en ella se verificó el grande acontecimiento que envolvia en sí la dicha de la humanidad; santa, porque en ella estaban el Calvario y el Santo Sepulcro.

Así, pues, desde los primitivos tiempos del cristianismo los fieles acudian llenos de fervor aun de los pueblos más apartados en devotísimas peregrinaciones, para seguir las

huellas del Salvador, besarle y adorarle en el mismo sitio donde dió su vida por nuestro amor.

Gracias al gran Constantino y á su santa madre Elena, cayeron por tierra las estátuas de los falsos dioses que Elio-Adriano habia levantado en aquellos santos lugares: la ciudad que habia tomado el nombre de *Alia Capitolina*, recobró su antiguo nombre de Jerusalem. Santa Elena gastó sumas considerables: Constantino no escaseó sus riquezas, y bien pronto se levantó un templo suutuoso que cubria y albergaba la tumba del Redentor. Desde entonces ¡cuánta devocion! ¡Cuánto entusiasmo por parte de los fieles para ir á postrarse bajo las augustas bóvedas del nuevo santuario, testimonio de la piedad cristiana del grande emperador!

Santa Elena en edad muy avanzada hizo su peregrinacion, y á fuerza de sacrificios y de constancia logró que despues de grandes excavaciones se encontrase la verdadera cruz en la que el Salvador habia ofrecido el sacrificio de su vida. No nos detendremos en un hecho explicado ya minuciosamente en nuestra *Historia de la Iglesia*. Diremos, pues, tan solo que santa Elena hizo erigir diversas capillas en todos aquellos puntos que encerraban grandes recuerdos para el cristianismo, tales como Belen, Nazareth, el Tabor y el Carmelo, y en otros puntos donde Jesucristo habia esparcido el germen de su doctrina celestial y divina.

Todo esto contribuyó á que los fieles se enfervorizasen más y más y deseasen visitar aquellos lugares que forman la cuna del cristianismo. Citaremos los nombres siempre ilustres de los más santos peregrinos que impulsados por

una fé ardiente acudieron á Jerusalem. En primer lugar aparecen san Porfirio y san Jerónimo: «El primero, dice un célebre historiador de las Cruzadas, abandonó á su patria, Tesalónica, á los veinte años de edad, pasó muchos años en las soledades de la Tebaida y partió á Palestina, donde despues de haberse condenado á la vida más humilde y austera, llegó á ser obispo de Gaza; el segundo partió de Italia acompañado de su amigo Eusebio de Cremona, recorrió el Egipto, visitó varias veces á Jerusalem y decidió acabar sus dias en Belen. Paula y su hija Eustoquia, de la ilustre familia de los Gracos, y enlazadas por una santa amistad con san Jerónimo, renunciaron á Roma, á los deleites de la vida y á las grandezas humanas para abrazar la pobreza de Jesucristo y vivir y morir al lado del Santo Sepulcro (1). San Jerónimo nos dice que los peregrinos llegaban entonces á miles á la Judea, y que se oían celebrar en torno de la sagrada tumba alabanzas al Hijo de Dios en diversas lenguas. Inundaban ya entonces al mundo revoluciones y calamidades: el antiguo imperio romano se desmoronaba bajo los agudos golpes de los bárbaros: el mundo pagano sucumbia, como sucumbe todo lo que ha llegado al término de su destino: se había apoderado de las almas un malestar extraño en medio de las desgracias y de las ruinas: todos se dirigian hácia el sitio donde se alzaba una fé nueva, y como la esperanza se hallaba entonces en el desierto, todos corrían allí á buscarla. Esto es lo que hicieron Jerónimo y otros hijos del Occidente, y el santo no se ciñó á una simple peregrinacion, porque Roma con su civilizacion corrompida

(1) Correspondencia de Oriente, tom. iv.

y su eternidad que iba á terminar, no podia ya llenar su corazon, sino que se convirtió en habitante de la Judea, y se quedó en su querida Belen para entregarse á un estudio profundo de los libros santos, para velar á los piadosos viajeros y pobres cristianos del país, y para componer bajo el cilicio y los rudos hábitos sus admirables comentarios, los oráculos de la Iglesia latina. El viajero que baja en el día al establo de Belen, saluda de pasada los sepulcros de san Jerónimo, de Paula y de Eustoquia (1).»

Algunos varones santos se levantaron contra las peregrinaciones á fines del siglo iv y principios del v, y entre ellos se cuenta san Gregorio Niceno, por los peligros que la piedad y las costumbres cristianas podían encontrar en tan dilatados viajes, en las hospederías, etc. Sin embargo, nadie era capaz de contener la impaciencia que reinaba en todos por la Palestina.

Empero una terrible calamidad vino á caer sobre la Tierra Santa. Los ejércitos de Cosroes II invadieron la Siria, la Palestina y el Egipto. La ciudad santa tan querida de los cristianos cayó en poder de los adoradores del fuego, y los vencedores saquearon los pueblos, robaron los templos y causaron toda suerte de perturbaciones y trastornos. Lo más sensible fué que se llevasen el más precioso tesoro, cual era la cruz del Salvador que se conservaba en tanta veneracion en la iglesia de la Resurreccion.

Trancurrieron diez años durante los cuales se aumentaban los triunfos del invasor, y en este tiempo los cristianos de todas partes elevaban al cielo súplicas fervorosas acom-

(1) M. Michaud: Hist. de las Cruzadas, lib. 2.º

pañadas de tiernas lágrimas, á fin de que pudiese recobrase el leño sacrosanto de la redencion.

Dios escuchó las súplicas repetidas de su pueblo, y eligió en sus altos designios al emperador Heraclio, el cual rompiendo las cadenas que arrastraban los esclavos cristianos, los condujo nuevamente á Jerusalem. Él tuvo la dicha de apoderarse de la cruz, y andando descalzo por las calles de la Ciudad santa, la llevó sobre sus hombros hasta el Calvario. ¡Dichoso aquel emperador de Oriente, que aparece más grande y más rodeado de majestad cargado con la Cruz y con los pies desnudos siguiendo las huellas del Salvador, que sentado en su trono, cubierto de púrpura y rodeado de su corte imperial! En memoria de este hecho celebra la Iglesia cada año la fiesta de la Exaltacion de la Santa Cruz.

Por algun tiempo permaneció tranquila la Tierra Santa, floreciendo en ella la religion, la agricultura y el comercio. Era verdaderamente una tierra de promision.

Empero nuevas tempestades se levantaban por el lado de la Arabia. Mahoma, conocedor del espíritu y de los hábitos de su país, quiso convertirse en profeta. De todos los cultos esparcidos por el mundo tomó lo que más podia convenir á los osados proyectos que formara, y compuso ese libro que viene aun siendo despues de mil años el oráculo de esa multitud que sigue la religion del falso profeta de la Meca.

No nos detendremos en describir las sucesivas conquistas de los árabes, sus excursions por las islas del Mediterráneo, las costas de Italia y de la Grecia, y el modo

como cayeron sobre España que por algunos siglos dominaron.

Sus más constantes miradas se dirigieron á Jerusalem, pues que desde allí Mahoma, segun sus creencias, habia subido al cielo en su viaje nocturno, motivo por el cual la llamaban la *tierra santa*. Despues de un sitio de cuatro meses los Santos Lugares cayeron en poder de los árabes. El califa Omar entró en Palestina para recibir las llaves y la sumision de la ciudad conquistada. El Santo Sepulcro se vió deshonrado con la presencia en él del jefe de los infieles, y el patriarca Sofronio murió de dolor al presenciar las profanaciones que tuvieron lugar.

Jerusalen quedó rodeada de tinieblas, y si bien los dominadores concedieron á sus habitantes la libertad religiosa, estos vieron levantarse suntuosas mezquitas á los lados mismos de los grandes templos cristianos.

Grandes hombres y entre ellos el papa Victor III habian proyectado la conquista de la Tierra Santa, pero el cielo habia destinado para esto á un oscuro peregrino, á Pedro el Ermitaño, cuyo nombre se ha hecho inmortal. Habia ido á Jerusalem; habia visto el lúgubre aspecto que presentaba la ciudad santa, y lo mucho que en ella sufrían los fieles y muy especialmente los sacerdotes. Era entonces patriarca de Jerusalem Simeon, anciano venerable y sacerdote ejemplar. Pedro habló con él. Se juntaron dos almas que se comprendían. El peregrino le dijo: «¿No habria medio para poner término á tantas calamidades como aquí se experimentan?» El patriarca le miró fijamente, y al tiempo que

se humedecían sus ojos, le respondió : « ¡ O vos, el más fiel de los cristianos ! ¿ no veis que vuestras iniquidades nos han alejado del Señor y de su misericordia ? El Asia yace en poder de los musulmanes ; todo el Oriente cayó en la esclavitud, y no puede socorrernos ninguna potencia de la tierra. » — « Tal vez, dijo Pedro, llegará un día en que los guerreros de Occidente sean los libertadores de Jerusalem. » A lo cual replicó el patriarca : « Si, no hay duda, cuando nuestra aflicción llegue á su colmo, cuando Dios se compadezca de nuestras miserias, y enternecido el corazón de los príncipes de Occidente, los envíe á auxiliar á la ciudad santa. »

Ambos interlocutores se abrazaron, y unieronse las lágrimas que vertían, que desde aquel momento eran lágrimas de esperanza.

El ermitaño Pedro abandonó aquellos santos lugares, y montado en una mula, descalzo, con un Crucifijo en la mano atravesó la Italia, cruzó los Alpes, recorrió la Francia, y por todas partes, en los templos, en las calles, predicaba con celo, exponía el triste estado á que se hallaban reducidos los santos lugares de la Redención, y pedía á unos valor y á otros sacrificios para llevar á cabo la guerra santa, la guerra de la Cruz.

Celebrábase el gran concilio de Clermont de Auvernia, tan numeroso como el que poco antes se había celebrado en Palestina.

En una de sus sesiones, la décima, que se verificó en la plaza mayor de la ciudad, el papa Urbano seguido de sus cardenales subió á un trono que se había alzado para él, y á su lado apareció Pedro el Ermitaño con su bordon de pe-

regrino y su vestido de lana, que le había granjeado el respeto de la multitud. Obtenida licencia del papa, el pobre ermitaño habló y refirió con voz entera cuanto había visto en Jerusalem, las profanaciones continuas llevadas á cabo por los enemigos de la fé, y los grandes ultrajes que experimentaban los que llevados en alas de la fé acudían á visitar el Santo Sepulcro. Dijo que había visto cristianos cargados de cadenas y uncidos como animales de carga, y á los ministros de Dios arrancados del santuario, apaleados y conducidos á una muerte ignominiosa ; y continuó en su triste pintura hasta hacer arrancar lágrimas en todos los ojos.

Entonces el Sumo Pontífice tomó la palabra y empezó su discurso de este modo : « Acabais de oír al enviado de los cristianos de Oriente, y él os ha dicho la lamentable suerte de Jerusalem y del pueblo de Dios ; cuál se ha visto obligado á servir á las supersticiones paganas de la ciudad del Rey de los reyes que transmitió á los demás los preceptos de una fé pura, y como ha sido manchado por los que no deben resucitar más que para servir de paja al fuego eterno, el sepulcro milagroso donde la muerte no pudo guardar su presa, el sepulcro que es manantial de la vida futura y sobre el cual se alzó el Sol de la resurrección. La impiedad victoriosa ha inundado de tinieblas las comarcas más fértiles del Asia ; son ya ciudades musulmanas Antioquia, Éfeso y Nicea, y las hordas bárbaras de los turcos han clavado sus pendones en las orillas del Helesponto desde donde amenazan á todas las naciones cristianas. Si el único Dios no les contiene en su marcha triunfante ar-

«mando á sus hijos, ¿qué nacion, qué reino podrá cerrarles las puertas del Occidente?»

El papa continuó su discurso excitando el celo de todas las naciones cristianas y muy especialmente de la Francia, y la inmensa multitud que le escuchaba empezó á gritar: *¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!*

En seguida se organizó la primera cruzada para la conquista de Jerusalem, y en el pecho de todos los alistados se colocaba el signo santo de la cruz. El mismo papa Urbano hubiese ido al frente de la expedicion, empero no podia abandonar la Europa sin comprometer los intereses de la Santa Sede, porque aun no habia sido vencido el antipapa Guiberto, y nombró legado apostólico del ejército cristiano al obispo de Puy.

Tal fué, brevemente relatado, el origen de las Cruzadas de la Edad Media. No creemos necesario detenernos más tiempo en este asunto.

II.

Del estado civil y político del mundo durante el siglo duodécimo.

En el Oriente era extremada la confusion. Los sultanes aplicaban todos sus cuidados á contener los efectos que las Cruzadas producian, así en la Siria como en la Palestina y el Africa. Los emires que no tomaron parte en las guerras de las Cruzadas luchaban los unos contra los otros. En fin, se vió llegar desde el fondo del Tiber á los tártaros manda-

dos por el sacerdote Juan, que extendia su dominacion hasta las orillas del Tigre. El lujo y la disipacion se observaban por todas partes; el despotismo y la corrupcion en las costumbres enervaban los ánimos. Los antiguos dominadores del imperio en Asia, debilitados por la licencia en sus costumbres, por la aglomeracion de los herejes desterrados, por las vejaciones de los gobernadores, y por el desprecio y la violencia de las leyes, así como por las incursiones de los bárbaros, parecia haberlos colocado por debajo de todas las naciones.

El emperador de Constantinopla, incapaz de resistir á los sarracenos, temiendo á los cruzados se unia sucesivamente á los unos y á los otros, sin poder aprovecharse ni de sus victorias ni de sus derrotas. Hizo la guerra contra los turcos, contra los sarracenos, contra los príncipes normandos establecidos en Italia, y contra los ejércitos de los cruzados. Además se hallaba agitado á causa de las facciones y de los trastornos continuos. Los emperadores acostumbrados á pasar una vida muelle, entregados á toda clase de placeres, arruinaban á los pueblos con excesivos impuestos.

El Occidente no estaba más tranquilo. Los jefes de sus diversos Estados estaban en continuas guerras, de las que resultaban los mayores desórdenes, á los que se oponian los papas, exhortando á los soberanos á la paz.

Es una atroz injusticia el acusar á los papas de la Edad Media de ambiciosos por querer dominar sobre todos los poderes de la tierra. Ya hemos tenido ocasion de demostrar que el objeto que se propuso Gregorio VII, y despues de él sus sucesores, no era otro que el bien de los pueblos y de

los mismos soberanos. Si á veces desligaban á los pueblos del cumplimiento del juramento de fidelidad á sus príncipes, si dejaban caer los rayos de la excomunion, era para traer á todos al cumplimiento de sus respectivos deberes, y en la conciencia de todo hombre pensador está el bien que de este rigorismo saludable reportó la Europa.

En esta época se suscitaron las grandes cuestiones sobre las investiduras, que aumentaron ciertamente el poderio de los papas y del clero. El poder pontificio, elevado á su mayor grado de grandeza, fué objeto de ambicion, de intrigas y de cábalas. Así se vió en este siglo dos antipapas, que causaron cismas y grandes perturbaciones.

No faltaron herejías en este siglo. Habia muchos fanáticos, que produjeron grandes divisiones sobre los dogmas de la religion, sobre el poder de la Iglesia y la reforma de las costumbres. Veremos errores sobre los dogmas y los misterios, y aparecer una porcion de prácticas ridiculas é insensatas en su mayor parte opuestas, entre ellas sobre los sacramentos, sobre todo lo que podia atraer la consideracion y el respeto hácia los obispos y el clero, y en fin la reunion de todas estas sectas en los albigenses, combatidos por los cruzados.

ARNALDISTAS

ARNODISTAS.

Herejes llamados así de Arnaldo de Brescia, su jefe. Aparecieron en el siglo XII; criticaron altamente la posesion de los bienes eclesiásticos, que la tenían por una usurpacion. No admitian el bautismo de los niños, el sacrificio de la misa, la oracion por los difuntos, el culto de la cruz, etc. Fueron condenados en el concilio de Letran en el pontificado de Inocencio II en 1139. Arnaldo, despues de haber excitado alborotos en Brescia y Roma, fué ahorcado y quemado en esta última ciudad en 1155, y sus cenizas fueron arrojadas al Tiber. Algunos de sus discipulos, que se llamaban tambien *publicanos* ó *poplicanos*, pasaron de Francia á Inglaterra hácia el año 1166, en donde fueron detenidos y dispersados. Esta secta se hizo despues una rama de la herejía de los albigenses.

Mosheim, apologista declarado de todos los herejes, dice que Arnaldo de Brescia era hombre de una erudicion inmensa y de una austeridad admirable, pero de un carácter turbulento é impetuoso; que parece que no adoptó ninguna doctrina incompatible con el espíritu de la verdadera religion; que los principios que le hicieron obrar no fueron reprobables sino porque los exageró mucho, y los puso en práctica con un grado de vehemencia tan criminal como

imprudente; que por último fué víctima de la venganza de sus enemigos; que fué sacrificado y arrojado al fuego el año 1155. *Hist. ecles. del siglo XII, 2.ª part., c. 5, § 10.*

Mosheim ha olvidado sin duda que Arnaldo de Brescia era monje y discípulo de Abelardo, y que no dejó ninguna obra que probase su erudición, ni era de suponer que la tuviese después de haber pintado á todos los monjes de aquel tiempo como unos ignorantes. Condenaba el bautismo de los niños, el sacrificio de la misa, etc. Quería que se despojara á los eclesiásticos de los bienes que poseían legítimamente, y excitó sediciones. En esto reconocemos los principios y el espíritu de los pretendidos reformadores; pero ¿es compatible con el espíritu de la verdadera religion, que prohíbe alterar el orden público, y sobre todo á un fraile sin autoridad? ¿Le hubiera agradado á Mosheim, que un celoso por la pobreza evangélica, le hubiera quitado las dos abadias que poseía? Arnaldo de Brescia no fué víctima de la venganza de sus enemigos, sino justamente castigado como sedicioso y perturbador del orden público; no fué crucificado, sino atado á un poste, ahorcado y quemado. (*Bergier.*)

PORRETARIOS.

Sectarios de Gilberto de la Porrea, ó de la Poirea, obispo de Poitiers, que á mitad del siglo XII fué acusado y condenado de muchos errores en orden á la naturaleza de Dios, de sus atributos y del misterio de la Santísima Trinidad. Su defecto, como el de Abelardo, su contemporáneo,

fué querer explicar los dogmas de la teología por las abstracciones y las precisiones de la dialéctica.

Decía que la Divinidad ó la esencia divina es realmente distinta de Dios; que la sabiduría, la justicia y los demás atributos de la Divinidad no son realmente Dios mismo; que esta proposición, *Dios es la bondad*, es falsa, á no ser que se la reduzca á esta, *Dios es bueno*. Añadía que la naturaleza ó la esencia divina es realmente distinta de las tres Personas divinas, que no es la naturaleza divina, sino *solamente* la segunda Persona la que ha encarnado, etc. En todas estas proposiciones, la palabra *realmente* es la que constituye el error. Si Gilberto se hubiera limitado á decir que *Dios y la Divinidad* no son una misma cosa *formalmente ó in statu rationis*, como se expresan los lógicos, sin duda no habría sido condenado; esto significaría solamente que estos dos términos *Dios* y la *Divinidad* no tienen precisamente el mismo sentido, no presentan absolutamente la misma idea en el entendimiento.

Algunos le han acusado tambien de haber enseñado que no hay más mérito que el de Jesucristo, y que los hombres que se han salvado son los únicos realmente bautizados, mas esta acusacion no está probada.

La doctrina de Gilberto fué al principio examinada en una reunion de obispos, celebrada en Auxerre, el año 1147, en seguida en otra que se tuvo en Paris el mismo año en presencia del papa Eugenio III, en fin en un concilio de Reims el año siguiente el cual presidió el mismo papa, preguntó al mismo Gilberto, y le condenó en virtud de sus respuestas embrolladas y sus tergiversaciones; Gilberto se

sometió á la decision, pero tuvo algunos discipulos que no fueron tan dóciles.

Como san Bernardo fué uno de los principales motores de esta condenacion, los protestantes hacen lo posible por excusar á Gilberto, y hacer recaer todo el vituperio sobre san Bernardo; dicen que el obispo de Poitiers entendia su doctrina en el sentido ortodoxo que acabamos de indicar, y no en el sentido erróneo que se le atribuye; pero que estas nociones sutiles excedian en mucho á la inteligencia del buen san Bernardo, que no estaba acostumbrado á esta clase de discusiones: que en todo este negocio se condujo más bien por pasion que por un verdadero celo. Mosheim, *Hist. ecles.*, siglo xii, parte 2.^a, c. 3, § 11.

Felizmente está probado por los escritos del santo abad de Clairvaux, que entendia muy bien las sutilezas filosóficas de los doctores de su tiempo, mas tenia el buen espíritu de hacer muy poco caso de ellas, y de preferir el estudio de la Sagrada Escritura. Es de presumir que en los concilios de Auxerre, de Paris y de Reims habia otros obispos tan buenos dialécticos como el de Poitiers; sin embargo ninguno tomó su partido. La doctrina de Gilberto es expuesta no solo por san Bernardo, sino tambien por Geofredo, uno de sus monjes, que asistió al concilio y redactó sus actas, y por Otton de Frisinga, historiador contemporáneo, más inclinado á excusar que á condenar á Gilberto; sin embargo, confiesa que este último afectaba no hablar como los demás teólogos: luego habia errado. Para expresar los dogmas de la fé, hay un lenguaje consagrado por la tradicion del cual no es permitido separarse, y cualquiera que afecte usar de

otro, no puede menos de incurrir en el error. Petavio, *Dogma theol.*, t. 1, l. 1, c. 8, § 3 y 4; *Hist. de la Iglesia galicana*, libro 25, año 1147 (*Bergier*).

PEDRO ABELARDO.

Doctor célebre del siglo doce; murió el año 1142. Nada tendríamos que decir de él si no se hubiera trabajado tanto en nuestros dias para renovar su memoria en hacer la apología de su doctrina, y en dar al desarreglo de su juventud toda la celebridad posible. Lo que de él se ha dicho está sacado del diccionario de Bayle, en los artículos *Abelardo*, *Berenguer*, *Heloisa*. Acúsase á san Bernardo de haber perseguido á *Abelardo* por envidia de su reputacion. Mosheim, Brucker y otros protestantes han aceptado al momento esta calumnia.

A pesar de los esfuerzos de Bayle y de los copistas resulta por sus confesiones: 1.^o que el desarreglo de los costumbres de *Abelardo* no provino de debilidad, sino de un fondo de perversidad natural; habia formado el desigmo de seducir á *Heloisa* antes de que fuese su discípula; con esta intencion se hizo pupilo del canónigo Fulberto, y le ofreció dar lecciones á su sobrina; y esto lo confiesa él mismo en la relacion que hace de sus desgracias.

2.^o La vanidad, la presuncion, los celos, el carácter mordaz de *Abelardo* se manifiestan en sus escritos y en su conducta. Su ambicion era vencer á sus maestros en la argumentacion, establecer su reputacion sobre la ruina de las

suyas, quitarles sus alumnos y granjearse el séquito de la multitud de discípulos. Se vé por sus obras que atraía á sus oyentes más por sus talentos exteriores que por la solidez de su doctrina; su elocuencia era seductora, pero no instruíra. Se hizo enemigo deliberadamente solo por el placer de desafiarlos. Envidioso de la reputacion de san Norberto y de la de san Bernardo, calumnió á ambos.

3.º Se puso á profesor de teología sin haberla estudiado suficientemente; unió á esto las frívolas sutilezas de su dialéctica y un juicio erróneo, como es evidente por la primera obra que publicó. Nada más absurdo que dar un *tratado de la fé debida á la Santísima Trinidad*, para servir de introduccion á la teología, y querer explicar este misterio por comparaciones sensibles; pues si pudiera ser comparado á alguna cosa, ya no sería un misterio ó un dogma incomprendible.

4.º Los apologistas se ven precisados á convenir en que hay errores en esta obra y en las demás; no fué pues injustamente condenado en un concilio de Soissons el año 1121, y obligado á retractarse. Este acontecimiento hizo con razon más circunspectos sobre su doctrina á los obispos y demás teólogos. Veinte años despues, Guillermo, abad de Saint-Thierry, creyó encontrar nuevos errores en los escritos de *Abelardo*, y envió un resumen de ellos y su refutacion á Geoffroi, obispo de Chartres, y á san Bernardo, abad de *Clairvaux*. ¿Hay algun motivo para argüir de envidia, odio ó prevencion en contra de Saint-Thierry? San Bernardo lejos de demostrar estos sentimientos hacia *Abelardo*, le escribió para moverle á retractarse y corregir sus libros. Pre-

ocupado éste, no quiso hacer caso, quiso esperar la decision del concilio de Sens, que estaba próximo á reunirse, y pidió que san Bernardo concurriese á él. Con efecto el abad de *Clairvaux* se encontró en él; produjo las proposiciones extractadas de las obras de *Abelardo*, y le requirió á su justificacion ó retractacion.

Entre esas proposiciones hay cuatro que son pelagianas: tres sobre la Trinidad, cuyo sentido literal es herético; en otra enseña el autor el optimismo; en la catorce sostiene que Jesucristo no bajó á los infiernos. ¿Qué le impedía retractarse de las unas y explicar las otras, como se vió precisado á verificarlo despues? Sin querer hacerlo en el concilio de Sens, apeló á la decision del papa, y se retiró. Por respecto á su apelacion, el concilio se contentó con condenar las proposiciones, y no produjo censura alguna contra su persona.

Se dice para excusarle, que conoció muy bien que san Bernardo y los obispos del concilio de Sens estaban prevenidos contra él, y que su justificacion de nada hubiera servido. Mal pretexto de que cualquiera puede echar mano cuando lo tuviese á bien. Sin referirse desde luego al juicio del concilio, el apelar de él antes de haber sido pronunciado es una prueba de mala fé; los obispos eran sus legítimos jueces; al rehusar justificarse merecia ser condenado.

En efecto, lo fué en Roma, lo mismo que en Sens. ¿Es tambien el odio ó la envidia lo que movió al papa y á los cardenales á pronunciar contra él el anatema? Solo despues de esta condenacion hizo su apología y profesion de fé, en la cual retractó formalmente la mayor parte de las proposi-

ciones que le habian sido reprobadas y explicó las otras.

El gran cargo que se hace á san Bernardo es el haberse expresado con demasiada dureza con respecto á *Abelardo* en las cartas que escribió á Roma y á los obispos de Francia con este motivo; mas no lo hizo sino despues de haberse negado *Abelardo* á explicarse y retractarse. Esta conducta debió hacer creer al santo abad que este no vador era un obstinado hereje. Mosheim y Bruker dicen que san Bernardo no entendia las sutilezas de la dialéctica de su adversario; mas ¿se entendia éste á sí mismo? Se vé por las obras del primero, que era mejor teólogo que su antagonista, y que sin degradarse *Abelardo* hubiera podido admitirle por su maestro ó por su juez. Verdad es que los protestantes que atribuyen ódio, envidia, violencia, injusticia contra la inocencia al abad de *Clairovaux*, se hacen á sí mismos culpables de todos estos vicios.

5.º Parecen insinuar que fué condenado y perseguido no por sus errores sino por haber sostenido ante los monjes de San Dionisio que su santo no era san Dionisio Areopagita; esto es una impostura. Este punto no fué puesto en cuestion ni en Soissons, ni en Sens, ni en Roma; *Abelardo* fué condenado por los errores que habia enseñado sobre la Trinidad, sobre la encarnacion, sobre la gracia y sobre otros muchos puntos importantes.

Cuando Pedro el Venerable, abad de Cluni, dió un asilo á *Abelardo* y le convirtió, san Bernardo se reconcilió con él de buena fé, y no trató de turbar su reposo: no tenia, pues, odio contra él; pero á los ojos de los incrédulos los herejes tienen siempre razon, los Padres de la Iglesia carecen de

ella. Censuran en las obras de san Bernardo los defectos de su siglo, y los disculpan en las de *Abelardo*, donde resaltan más. Véase *san Bernardo*, *Hist. de la Igl. Gatic.*, tomo 8, año 1117 y siguientes; tomo 9, año 1139-1142, etc.

Hemos tomado del abate Bergier este artículo. El traductor español del *Diccionario de Teología* añade por su cuenta unas reflexiones tan importantes, que no podemos dejarlas pasar desapercibidas. Dice así:

«La remision que hace Bergier al *Diccionario de las herejias* merece una advertencia á los lectores: cabalmente en el artículo *Abelardo*, primero de dicho *Diccionario*, se ensalza de una manera el mérito y capacidad del héroe de los amorios y de la veleidad, y se trata con tan poco respeto á san Bernardo, que aparece el primero como una víctima de las acusaciones más horribles, indiscretas y destituidas, no solo de fundamento, sino aun de apariencia. Y aunque el autor Mr. Pluquet hace luego salvdades justas y protestas de veneracion hácia san Bernardo, conócese el estudio con que están presentadas, y se descubre una tendencia manifiesta á disminuir las faltas y errores del famoso enamorado, al paso que tan demasiada indulgencia con este se convierte en injusticia y en falta de piedad para con un santo á quien la ciencia, la historia y la critica vindican de la manera más solemne. No puede leerse una página imparcial sobre esta materia de la cual no aprendamos que, como dice el historiador Berault-Bercastel, fué advertido *Abelardo caritativamente* por san Bernardo, que sabia y enseñaba á todos las reglas de conducta que reclaman semejantes cuestiones. Hé aquí cómo entendia el celo san Bernardo, cómo

el amor, cómo la ciencia y el escándalo: *Habel vera amicitia nonnunquam objurgationem, adulationem nunquam* (Epist. 242). *Melius est ut pereat unus quam unitas* (Epist. 102). *Eruditio absque dilectione inflat, dilectio absque eruditione errat* (Serm. 69 in Cant.). *Melius est ut scandalum oriatur, quam veritas relinquatur* (Epist. 78).

»Mas si todo esto no bastara para aquietar á ciertos espiritus *compasivos*, todavia pudieran tranquilizarse con la idea de que si las *impulaciones* de san Bernardo previnieron tristemente al concilio de Sens contra la llorada victima de Bayle y de los protestantes, descansa el sentimiento católico al ver que se fulminó el mismo anatema en Roma, y que Inocencio II confirmó los decretos del concilio, mandando que fuesen quemados los libros de *Abelardo*, y prohibiéndole que enseñara en lo sucesivo. Parece, pues, que el *Diccionario de las herejias* ha descolorado las negras tintas de un retrato para animar horriblemente las facciones dulces y risueñas de un santo que venera la Iglesia como Padre y doctor.»

ORBIBARIENSES.

Secta que negaba el misterio de la Santísima Trinidad, la resurreccion, el juicio final y los sacramentos: creian que Jesucristo no habia sido otra cosa que un puro hombre, y que no habia padecido.

Los orbibarienses aparecieron hácia el año 1198: la secta estaba compuesta de vagamundos, y tomaron el nombre de

la palabra latina *orbis* porque recorrian el mundo sin tener morada fija. En esto venian á ser como los bohemios ó gitanos. Esta secta fué proscrita y anatematizada por Inocencio III. Vistas sus doctrinas sobre Jesucristo y los dogmas principales de nuestra santa religion, se comprende que no tenian creencias de ninguna clase, y muy probablemente serian de corrompidas costumbres.

BÚLGAROS.

Los herejes así llamados parece que reunieron diversos errores de otras sectas para formar sus creencias. Por consiguiente la secta comprendia, así como el nombre, pátaros, cátaros, jovinianos, albigenses y otros de diferentes sectas. Los búlgaros tenian su origen de los maniqueos, y habian tomado sus errores de los orientales y de los griegos, sus vecinos, bajo el imperio de Basilio el Macedonio en el siglo IX. Esta palabra búlgaros, que no es otra cosa que un nombre de nacion, vino á ser un nombre de secta, y no significa otra cosa sino que estos herejes son de Bulgaria. Empero pronto estos sectarios se extendieron por diferentes puntos, y en todas partes fueron distinguidos con el nombre de búlgaros.

Los petrobrusianos, discípulos de Pedro de Bruys, que como dijimos en su artículo, fué quemado en la Provenza, los waldenses, los enriquiianos y los demás novadores que se habian propuesto por objeto combatir la autoridad de la

Iglesia, fueron condenados en 1176 en un concilio reunido en Lombez.

Los principales errores de los búlgaros consistían en afirmar que no debía creerse más que en el Nuevo Testamento; que el bautismo no es necesario á los niños; que los maridos que viven conyugalmente con sus esposas no pueden salvarse; que los sacerdotes de mala vida y costumbres no consagran; que no debe obedecerse ni á los obispos ni á los demás eclesiásticos que no viven con arreglo á los cánones; que no era permitido jurar en ningun caso. Tenian tambien algunos otros errores.

Estos sectarios quisieron tener un jefe, y se hicieron un soberano pontifice á gusto de ellos al que llamaron *papa*, y al que reconocian por su primer superior al que todos los demás ministros estaban sometidos. Aquel falso pontifice estableció su silla en la Bulgaria, y á él acudian los albigenses para consultarle y recibir sus consejos y decisiones. De aqui el que todos los herejes de aquel tiempo se llegaran á comprender bajo el nombre de búlgaros.

El siglo siguiente, segun se ve en las Ordenanzas de san Luis, estos herejes fueron quemados vivos luego que fueron convictos y confesos de sus errores. Como quiera que eran los búlgaros muy dados á la usura, más adelante se dió el mismo nombre en Francia á todos los usureros, como dicen varios notables escritores.

ENCAPUCHADOS.

Fueron unos fanáticos que hicieron una especie de cisma político y religioso, y que tomaron por signo para distinguirse como individuos de su asociacion particular un capuchon blanco, de cuya punta pendia un balin ó chapa de plomo. Esta secta apareció hácia fin del siglo xii en el año 1186.

Desgraciadamente se habian visto en este siglo divididos el sacerdocio y el imperio, la Iglesia de Roma afligida por cismas y papas elegidos por diferentes partidos excomulgarse recíprocamente con los reyes y estados que seguian el partido opuesto. Los papas habian estado en guerra con los emperadores: los reyes y los obispos en diferencias sobre sus respectivos derechos: herejias monstruosas y ridiculas se habian levantado. Todos los poderes parecia que abusaban de su autoridad, y parece que no imperaba otro derecho que la fuerza.

El espectáculo de las desgracias que experimentaba la Europa hizo nacer en la cabeza de un leñador por fanatismo ó destreza, ó puede ser que por ambas cosas, la idea de que la santísima Virgen se le habia aparecido y le habia dado su imagen y la de su Hijo con esta inscripcion: *Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, dadnos la paz.*

Añadió el leñador que la Virgen le habia dado la orden de llevar aquella imagen al obispo de Puy, á fin de que

predicase que aquellos que desearan la paz para la Iglesia formasen una confederacion ó una sociedad que llevase esta imágen, con capuchones blancos, que sería el simbolo de la inocencia y de la paz que querian establecer.

Decía además que la santísima Virgen había ordenado que los restauradores de la paz se obligasen por juramento á conservarla siempre entre ellos y á hacer la guerra á los enemigos de la paz.

Esta secta hizo grandes progresos en la Bulgaria y en Berry.

Empero los obispos y los señores levantaron tropas contra ella y lograron disiparla en poco tiempo.

Otra secta del mismo nombre apareció dos siglos más tarde en Inglaterra (1387). Tomó el nombre de encapuchados porque no se descubrian delante del Santísimo Sacramento y no dejaban nunca la capucha. Estos herejes fueron partidarios de los errores de Wiclef.

CÁTAROS.

Con este nombre se distinguieron muchas sectas de herejes en los primeros siglos, sobre todo los epotáticos ó renunciantes, los cuales se apoderaron de este nombre de *cátaros* para testimoniar que no habían tomado parte en el crimen de los que habían negado la fé en los tormentos: y que por el contrario rehusaban recibirlos á penitencia, lo que era una severidad injusta. Para justificarse negaban que la Iglesia tuviera poder de perdonar los pecados: usa-

ban hábitos blancos, para demostrar, decían ellos, la pureza de sus costumbres.

Por ironía, dice Pluquet, se dió el mismo nombre de *cátaros* á las diferentes sectas heréticas del siglo XII, que fueron condenadas en el tercer concilio de Letran en 1179 bajo Alejandro III. También los puritanos de *Inglaterra* se engalanaron con el mismo nombre.

EON DE LA ESTRELLA.

Así se llamaba un caballero breton que vivía en el siglo duodécimo.

Pronunciaba muy mal el latín, y así en el simbolo, en vez de cantar: *Per eum qui venturus est judicare vivos et mortuos*, cantaba: *Per eon qui venturus, etc.*

De esto resultó el que llegase á imaginar que de él era de quien se decía que vendría á juzgar á los vivos y á los muertos. Le agradó sobremanera este pensamiento, y se persuadió de que él era el juez de los vivos y de los muertos y por consiguiente el Hijo de Dios.

Esta especie de demencia, que tan solo debía servir para excitar la compasión hácia él, apenas la publicó encontró personas que se dejasen persuadir y le creyeren. Hizo Eon algunos viajes por diferentes provincias de la Francia, seguido de muchas personas que no querían separarse del que creían que un día les había de juzgar.

Parece increíble que haya siempre gentes dispuestas á dar crédito aun á los mayores absurdos; que apenas se pre-

senta un fanático ó un loco y manifiesta una idea por absurda que sea, haya quienes le den crédito como si fuese un oráculo.

Hizo Eon discípulos y les dió diferentes rasgos ó categorías: los unos eran ángeles, los otros apóstoles; este se llamaba *el Juicio*, aquel *la Sabiduría*, otro *la Dominación* ó *la Ciencia*.

Algunos señores enviaron gente para prender á Eon que con aquellas patrañas perturbaba los pueblos, pero él los trataba perfectamente, les daba dinero y nadie se atrevía á prenderle: los que habian llevado aquella comision publicaban despues que encantaba á todo el mundo, que era mágico y no era posible apoderarse de su persona. Esta nueva impostura fué creida generalmente: esto no obstante el arzobispo de Reims le hizo prender, y se creyó entonces que los demonios le habian abandonado.

El prelado de Reims hizo comparecer á Eon ante un concilio reunido en la misma ciudad por Eugenio III contra los errores de Gilberto de la Porrée. En esta asamblea fué interrogado Eon de la Estrella, y se vió claramente que era un insensato: se le condenó á prision perpétua; pero algunos de sus discípulos que no quisieron reconocer la falsedad de las pretensiones de Eon, fueron quemados vivos (1).

La ignorancia, que era entonces como patrimonio del pueblo, era causa de que se dejase seducir por el primer impostor que queria engañarle, y sabido es que nunca faltan impostores en los siglos de ignorancia.

(1) D'Argentré, Collect. jud. Natal. Alex. in sec. XII.

JOAQUIN.

Era Joaquin abad en un monasterio de la Calabria, y habia adquirido una gran celebridad hácia el fin del siglo XII, bajo Urbano III y sus sucesores.

Por aquellos tiempos habia adquirido una gran reputacion el libro de las Sentencias de Pedro Lombardo. El abad Joaquin combatió aquel libro y muy especialmente la sentencia en que dice: *Hay una cosa inmensa, infinita, soberanamente perfecta, que es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo*.

No podia estar mejor expresado el misterio de la Santísima Trinidad. Sin embargo, el abad Joaquin pretendia que esta cosa soberana en la que Pedro Lombardo reunia las tres personas de la Trinidad, era un sér soberano distinto de las tres personas, segun Lombardo, y que así segun los principios de la teología podia admitir cuatro dioses.

Se propuso Joaquin evitar el error que él creia ver, y para ello reconocia que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo hacian un solo sér, no porque ellos subsistiesen en una misma sustancia comun, sino porque estaban completamente unidos de consentimiento y de voluntad y tan estrechamente como si no fuesen más que un solo sér: de este modo se ha dicho que muchos hombres forman un solo cuerpo. Y se fuudaba en varios textos que él interpretaba á su antojo.

Así pues, el abad Joaquin cayó en el triteismo.

En el concilio de Letran fué condenado el error de Joa-

quin, pero sin hacer mención de su persona porque habia sometido sus obras á la Santa Sede.

El error del abad Joaquin no tuvo defensores, pero ha sido renovado por el doctor Sherlok, dice el *Diccionario de las herejias*.

Despues de cuanto hemos dicho sobre el misterio de la Santísima Trinidad, especialmente en el artículo *Triteísmo*, no necesitamos traducir lo que el autor del Diccionario nos dice acerca del error del doctor Sherlok. Bástanos decir que fué un verdadero triteísta.

JOAQUINITAS.

Con este nombre se distinguieron los que siguieron la doctrina del abad Joaquin no sobre la Trinidad, sino sobre la moral.

El abad Joaquin era muy dado á la perfeccion, y se desencadenó contra la corrupcion del siglo.

Estaba muy prevenido por la vida eremitica, á la que llamaba vida interior y retirada. No queria que nadie se limitase á la práctica de los preceptos del Evangelio.

De aqui tomaron ocasion algunas personas para decir que la ley evangélica era imperfecta, y que debia ser seguida por otra ley más perfecta; que esta ley era la del espíritu que debia ser eterna.

Esta ley del espíritu no era otra cosa que la coleccion de las máximas de una falsa espiritualidad de la que los joa-

quinitas hacian profesion, y que se contenian en un libro al que ellos daban el nombre de Evangelio eterno.

Los joaquinitas suponian en la religion tres épocas: la primera comenzaba en el tiempo del Antiguo Testamento; la segunda en el Nuevo; pero éste no era una ley perfecta y debia acabar y dar lugar á otra luz más perfecta que debia ser eterna. Esta ley es la moral del abad Joaquin, que habia dado en el Evangelio eterno. Enseñaban que para predicar el Evangelio eterno era necesario hacerlo descalzo: que desde Jesucristo hasta el abad Joaquin habia sido útil la vida activa; pero que desde que Joaquin habia aparecido sobre la tierra, la vida activa habia venido á ser inútil, y que la vida contemplativa de la que aquel habia dado ejemplo era muy útil.

Tales son los principios del Evangelio eterno: estaba lleno de extravagancias, fundadas ordinariamente en algunas interpretaciones misticas de varios pasajes de la Sagrada Escritura.

El Evangelio eterno ha sido atribuido á Juan de Roma, general de los frailes menores: otros le atribuyen á Amauri ó á alguno de sus discipulos; pero sea de esto lo que quiera, lo cierto es que algunos religiosos aprobaron la obra y no faltó quien quisiese enseñar su doctrina en la universidad de Paris, hácia el año 1254, como atestigua Natal Alejandro.

Alejandro IV condenó el Evangelio eterno, y tambien le condenó el concilio de Arlés en 1260.

COTEREAUX.

Con este nombre francés se distinguía á ciertos aventureros del tiempo de Luis VII; eran unos herejes que se entregaban al servicio de las pasiones sanguinarias de los petrobrusianos y de los albigenses. Ejercieron sus violencias hácia fin del siglo duodécimo. Tanto era el daño que causaban, que Alejandro III no solamente los excomulgó, sino que concedió indulgencias á quienes los atacasen, prohibiendo bajo pena de censura el favorecerlos. Dicese que el número de estos herejes llegó á unos siete mil, que al fin fueron exterminados.

Algunos críticos han formado una acusacion contra Alejandro III por el rigor de las medidas tomadas contra aquellos herejes, diciendo que esto es contrario al espíritu de mansedumbre y de caridad que debe resplandecer en los ministros de Dios.

Nada es á nuestros ojos más injusto que esta censura. El Evangelio nos manda amar á nuestros enemigos, hacer bien á los que nos aborrecen y rogar por los que nos persiguen y calumnian. Pero esto es, á los enemigos personales; pero no debe entenderse de los enemigos que se ponen en armas para atentar contra la seguridad del Estado, y sembrar por todas partes la confusion y el desórden. Contra estos es justa la guerra, y los cristianos están obligados á defender su religion cuando los enemigos de Dios dirigen hácia ella sus esfuerzos por destruirla. Alejandro III usó en

verdad gran severidad, pero ¿podia pasar por otro punto? ¿No lo exigia así el bien de la religion y la seguridad del Estado? Que ellos hubiesen depuesto las armas y humillados hubiesen pedido perdon al Jefe supremo de la Iglesia, abrazando la verdadera fé católica, y en el momento aquel rigorismo se habria convertido en dulzura, y los brazos paternales del papa los habrian recibido. La severidad para con los herejes obstinados ha siempre muy necesaria y ha producido los mejores frutos. Empero hay escritores que, á pesar de titularse católicos, no dejan pasar la menor ocasion para zaherir y hacer objeto de crítica mordaz á los papas. No tenemos necesidad de añadir que esos escritores por punto general son franceses.

METAMORFITAS.

Herejes del siglo duodécimo á los que se les dió tambien el nombre de Transformadores, porque pretendian que el cuerpo de Jesucristo en el momento de su ascension se habia cambiado en Dios. Algunos luteranos se dice que llegaron á adoptar este error.

TERRI.

Este era uno de los pretendidos apostólicos que aparecieron en Francia durante el siglo duodécimo: permaneció por espacio de mucho tiempo en una gruta de Corbigny,

en la diócesis de Nevers, de donde al fin fué preso y quemado, sufriendo igual suerte dos mujeres de edad que vivían con Terri. Este había dado á la una el nombre de la Iglesia y á la otra el de Santa María, con el objeto de que cuando sus sectarios fuesen interrogados, pudiesen jurar por Santa María que no tenían otra fé que la de la Santa Iglesia.

COTEVELLES.

Con este nombre vemos citados en el Suplemento al *Diccionario de las herejías* á unos herejes furiosos que asolaban algunas provincias de Francia á principios del siglo XII. Los cuatro errores principales de estos herejes eran los siguientes:

- 1.º Que la Santísima Virgen era un ángel verdadero.
- 2.º Que las almas humanas se transmitían ó traspasaban por la generacion, *ex traduce*.
- 3.º Que el cuerpo sagrado de Jesucristo no está glorioso en el cielo, y que hasta el día del juicio no será otra cosa que un cadáver infecto.
- 4.º Que las almas de los santos no serán elevadas á la gloria sino despues del gran día del juicio final.

Estos herejes fueron condenados por el papa Alejandro III en el concilio general de Letran de 1179.

DURAN DE WALBACH.

Esparció muchos errores en el reino de Aragon por los años de 1117 y fué quemado con sus compañeros por orden del rey de Aragon don Jaime, porque pretendían con pertinacia que el matrimonio no era otra cosa que una secreta fornicacion.

GAZARISTAS.

Uno de los mil nombres de los *pobres de Lyon*, por alusion á Gazara, ciudad de la Iliria, donde aparecieron hácia el año 1197. Profesaban los mismos errores que los albigenses, lo que hace suponer que uno de estos pasó á Iliria donde extendió sus errores. Decían que el matrimonio había sido instituido por el espíritu de las tinieblas para perpetuar su obra. Empero la opinion más singular que tenían era que no estaba permitido á nadie en la tierra condenar á muerte á otro por malvado que fuese, y llevaban esta idea hasta el extremo de hacerla extensiva aun con los irracionales, de suerte que reputaban como un crimen el matar un animal.

El papa Inocencio III condenó á estos herejes, y Rainiero que había sido gazarista, pero que se había convertido al catolicismo y se había hecho religioso en la recién instituida orden dominica, escribió contra ellos una muy sólida

refutación (1). Esta secta, como todas sus semejantes en doctrinas, se extinguió pronto, sin haber llegado nunca á ser numerosa.

BUENOS-HOMBRES.

Los albigenses quisieron ser llamados así, tal vez para confundirse con los religiosos mínimos, á los que en Francia daba el pueblo igual nombre, porque Luis XI tenía la costumbre de llamar hombre-bueno al santo fundador Francisco de Paula. (V. el art. *Albigenses*.)

NICHILIANISTAS.

Secta de herejes partidarios de Pedro Abelardo, hácia el año 1117. Gualtero de San Victor, escribiendo contra este último, concluía así su polémica: *Tuo operi non debetur lima, sed gehenna. Omnis catholicus qui legit, non dubitat*. Entre otras impiedades enseñó que Jesucristo no era otra cosa que un sér imaginario, sin existencia real, de donde se dió á sus partidarios el nombre de *nichilianistas*.

PAULO-JUANITAS.

Herejes que extendieron los errores de Valentín y de Manes, á saber, que la verdadera forma del bautismo es

(1) Pinchinat: Dict. chronolog., hist. et crit. de orig. idolatr. et sect.

esta: *Yo soy el agua viva*; y la de la Eucaristía: *Tomad, comed y bebed*. A estos errores añadieron otros, tales como que no se puede adorar la cruz sin idolatría, y que por consecuencia debían destruirse por todas partes todas las cruces y crucifijos, de lo que ellos daban el ejemplo. Rehusaban el dar limosna á los pobres, fundándose en el principio de que los pobres son las criaturas del Dios Malo ó del mal principio, y que por lo tanto era un crimen el atender á su alimentación. (Sander., *hæres.* 132; Baron., *ann. Chr.* 535, núm. 14 y 145, núm. 37.—Bossuet, *Hist. de las variaciones*, lib. II.)

ALBIGENSES.

Este nombre se daba generalmente á todas las sectas que aparecieron en Francia en los siglos XII y XIII. Verdaderos maniqueos, infectaron el Languedoc y muy especialmente la ciudad de Albi, de donde tomaron la denominación de albigenses.

En el fondo su doctrina era la de los maniqueos, pero variada ó modificada por los diversos herejes que habían predicado en Francia, tales como Pedro de Bury, Enrique, los arnaldistas y otros de los que ya nos hemos ocupado. De aquí los diferentes nombres de sectas, llamándose ya petrobrusianos, enriquiños, arnaldistas, etc., pero todos ellos pueden comprenderse en la denominación de albigenses.

Al ocuparse el abate Pluquet de los maniqueos no deja

muy bien parado al clero de su patria en aquella época. Hé aquí sus palabras : « A pesar de los esfuerzos hechos para restablecer los estudios y la disciplina en Francia, la ignorancia y el desórden de las costumbres llegaban á los últimos lindes, sin excluir al clero : se ejercían las funciones eclesiásticas sin ciencia, sin costumbres y sin capacidad: la usura era comun, y en muchas iglesias todo era venal, los sacramentos y los beneficios : los clérigos, los sacerdotes, los canónigos y aun algunos obispos se casaban públicamente.

» Entre los legos no se veía otra cosa que el pillaje, el asesinato, la violencia : los señores se apoderaban de los beneficios, los daban, los vendían ó los legaban en testamento. »

Si bien puede haber alguna exageracion en la anterior pintura, es necesario confesar que verdaderamente era muy lamentable el estado de la Francia en la época que nos ocupa, en la que los vicios, las pasiones más criminales reinaban sin la menor oposicion. ¿Cómo puede extrañarnos que la Francia estuviese infectada de sectarios que contribuyeron á turbar el órden en todas las esferas?

A los maniqueos se les presentaba la ocasion más favorable en aquellos desórdenes para vengarse del clero al que odiaban por el rigor con que habian sido tratados. Propusieron, pues, combatir todo aquello que pudiese rodearle de consideracion, y atacaron los sacramentos, las ceremonias de la Iglesia, las prerogativas del clero, condenando á todos los eclesiásticos que poseyesen bienes.

El pueblo ignorante, que solo por temor á las penas canó-

nicas habia permanecido unido al clero y muy respetuoso para con él, prestó oídos á los herejes, y creyendo como de fé las miserables calumnias que propalaban, pasó del desprecio del sacerdocio al de los sacramentos y ceremonias de la Iglesia.

Empero, ¿habia en los albigenses ese talento, esa ciencia que los autores echaban de menos en el clero? De ningun modo. Los albigenses, dice Bergier, eran un confuso tropel de sectarios, la mayor parte muy ignorantes, y su situacion nada satisfactoria para dar razon de su creencia : mas todos se reunian para condenar el uso de los sacramentos y el culto externo de la Iglesia católica, para querer destruir la jerarquia y variar la disciplina establecida. Por esta razon les han hecho el honor los protestantes de considerarlos como sus antepasados.

En cuanto á sus doctrinas, Alano, monje del Cister, y Pedro, fraile del Vaux-Cernay, que escribieron contra ellos, les imputan, segun el citado Bergier :

1.º Haber admitido dos principios ó dos criadores, bueno el uno y el otro malo; el primero criador de las cosas invisibles y espirituales; el segundo criador de los cuerpos, autor del Antiguo Testamento y de la ley judaica, por cuyos objetos no guardaban ningun respeto estos herejes: ved pues el fondo del antiguo maniqueismo.

2.º De suponer la existencia de dos Cristos, el uno malo, que habia aparecido sobre la tierra con un cuerpo fantástico, y el cual no habia muerto y resucitado sino en apariencia; el otro bueno, mas que no habia sido visto en este mundo: este era el error de la mayor parte de los gnósticos.

3.º De negar la resurreccion futura de la carne, de enseñar que nuestras almas son demonios que están alojados en nuestros cuerpos en castigo de los crímenes que habian cometido; por consecuencia negaban la existencia del purgatorio y la utilidad de orar por los difuntos; tambien tenian por una locura la creencia de los católicos tocante á las penas del infierno. Estos desvarios son tomados de diferentes sectas de herejes.

4.º De condenar todos los sacramentos de la Iglesia; de desechar el bautismo como inútil; de mirar con horror la Eucaristia; de no practicar ni la confesion ni la penitencia; creer que estaba prohibido el matrimonio, ó por lo ménos de mirar la procreacion de los hijos como un crimen. Tambien opinaban así los maniqueos.

En suma, refieren estos autores que los albigenses detestaban á los ministros de la Iglesia, que no cesaban de desacreditarlos y de clamar contra ellos; que no respetaban la santa cruz, ni las imágenes, ni reliquias, que las destruian y quemaban en todos los sitios donde dominaban.

Segun el mismo Bergier, se dividian en dos órdenes, á saber: *perfectos* y *creyentes*. Los primeros hacian una vida austera en apariencia, vivian en continencia, hacian profesion de aborrecer el juramento y la mentira. Los segundos vivian como los demás hombres, y muchos de ellos tenian costumbres muy desarregladas; creian salvarse por la fé ó imposicion de manos de los *perfectos*. Tal era la antigua disciplina de los maniqueos.

Aquí encontramos una contradiccion monstruosa. Si no creian en la resurreccion futura de los cuerpos, y en cuanto

al alma juzgaban del modo que hemos visto; si desechaban todos los sacramentos por una consecuencia lógica de aquellas absurdas creencias, ¿cómo podian esperar salvarse? ¿Cómo los llamados *perfectos* vivian en continencia? Bien que se comprende que solo podian tener virtudes aparentes, para seducir á otros incautos. El que nada vé al otro lado de la tumba, piensa tan solo en rodearse durante la vida presente del mayor número de comodidades posibles, y en apurar la copa de los deleites. Sin la fé en la vida futura, y dadas las propensiones propias de la humana naturaleza, no puede haber virtudes sólidas y arraigadas.

Y que las creencias de los albigenses son las que quedan apuntadas no presenta la menor duda, pues tal fué su propia confesion en el concilio de Albi, celebrado en 1176, que algunos llaman *concilio de Limbez*, en el cual fueron condenados los albigenses bajo el nombre de hombres buenos.

Este nombre de *hombres buenos* se les dió en un principio, porque afectaban un exterior sencillo, y eran al mismo tiempo muy pacíficos; y ellos se dieron á sí mismos el nombre de *cátaros*, que significa *puros*: empero su conducta no justificó seguramente tal nombre, y es indudable que los convenian mucho mejor otros que les dieron, tales como *cebones* y *patarinos*, que es lo mismo que glotonos y groseros. Tambien les llamaron *publicanos* ó *poplicanos*, por haberse supuesto que las mujeres eran comunes entre ellos.

Ya hemos dicho que los albigenses fueron condenados en el concilio de Albi. Esta condenacion fué confirmada en el general de Letran III, celebrado en 1179, y en otros varios concilios provinciales.